



Tinnitus

Autora: Luna del Valle

Solía decir que era una persona de ciudad, necesitada del contacto humano, del pulso rápido y fuerte de la vida urbana, de las calles, de los lugares de encuentro, del ruido y hasta del caos.

Pero todo comenzó a cambiar un día cualquiera. Caminando por el Boulevard, sin razón u objetivo práctico alguno, tan solo por ver gente y sentir el golpe de la brisa en el cuerpo. Monita, mil pesitos pal bus, me dijo una voz a mis espaldas, mientras bajaba por el peatonal que sale hacia el oeste. No tuve tiempo de sacar las monedas del bolsillo, ante un filo de navaja en la cintura y una mano hábil que se llevo mi reloj y mi bolso. Mil pesitos pal bus se fue diciendo la voz en mi cabeza.

Seguí caminando, sin mirar para atrás. Me senté en frente de Bellas Artes como a tomar aliento. Pelada, tengo de la buena, me dijo un joven sentado a mi lado en el que no había reparado. ¿De qué buena? Pues de la buena hierba, ¿No es usted la amiga de Martín? Salí corriendo al paradero del bus. Al menos me quedaba la tarjeta del pasaje que palpé en el bolsillo trasero del pantalón.

¿Un cafecito, chama? Me dice una mujer de pestañas espesas con un termo en una mano y vasos desechables en la otra. No, señora, gracias, no tengo dinero. Llegó el bus y me subí. ¿Un cafecito, chama? seguía escuchando en mi cabeza.

Señoras y señores, perdonen que interrumpa su viaje, solo les pido cinco minutos de su apreciable tiempo, vengo a ofrecer estas deliciosas galletas a quinientos pesos, tres en mil. Una adolescente de jean, cabello decolorado y uñas comidas, pasó por cada puesto ofreciendo sus galletas de vainilla.

Monita, mil pesitos pal bus, pelada tengo de la buena, ¿un cafecito, chama? Cinco minutos de su apreciable tiempo. A partir de ese día las voces se fueron instalando en mi cabeza, no son recuerdos, ni son mi consciencia, son voces autónomas. Ahora mi mente está llena de voces que no son mi voz, aunque en ocasiones lo parezcan. No son aquella voz que escucho en una grabación sin reconocerme y tampoco la que retumba

Biblioteca epm[®]





entre mandíbula y cráneo cuando hablo. Todas son voces diferentes: adultas, infantiles, femeninas y masculinas.

A las voces iniciales se han unido otras, la del anciano que vende piñas debajo de un puente en la autopista, hasta las diez u once de la noche; la de la mujer que vende chontaduro en la puerta de una clínica, sin más que un sombrero raído para protegerse del sol; la de la señora con una biblia debajo del brazo que me preguntó alguna vez si quería conocer a Dios. Pero en realidad ya no son sus voces, son seres diferentes, seres que ahora están en mí y me hablan de día y de noche; a veces sin dejarme dormir. Discuten sobre lo que he vivido, sobre lo que hice o dejé de hacer. Voces con las que vivo en otro mundo, que me hablan sin importar que yo esté dialogando con alguien; por eso me tildan de sorda, desinteresada, y hasta de grosera. Pero ¿quién se concentra en medio de tanto ruido?

Cuando logro entablar una conversación, ellas terminan las respuestas por mí, mientras yo me desconcentro y digo y contradigo; miro a quien me habla, pero estoy escuchando mis voces. Me voy, mi cuerpo queda, mi mirada se paraliza mientras estoy en mi otro mundo. ¡Cállense! Tengo que escuchar lo que otros me dicen. ¿De qué te quejas? Me contestan. ¿Quién te dijo que solo tienes dos oídos? Hay cosas más interesantes que escuchar el palabrerío de la gente. ¿Será que todos tenemos voces? No me atrevo a preguntar, vaya y termine en un manicomio. Seguro nadie más las tiene, este tormento solo me tocó a mí.

Algunos días, mientras leía, descansaba, porque las voces leían conmigo. Un coro al unísono iba deshilando cada historia y en perfecta armonía se fusionaban con mi voz. Pero hoy ya eso no basta, las voces me exigen, me controlan, me aíslan y no tengo el tiempo suficiente para leer, ya soy una adulta y todos esperan que haga cosas productivas por la vida, entre las que no incluyen leer. ¿Quién vive de leer? Dice mi madre, ¿Qué pensás hacer con tu vida? Yo no te voy a durar para siempre y marido no vas a conseguir entre esos libros. ¡Poneme atención que te estoy hablando!, ¿Que tenés un ruido en el oído? ¿No será una infección?

Biblioteca epm[®]





Los exámenes salieron bien, lo que tiene su hija es algo común en los jóvenes de hoy, derivado de estar en tantos lugares ruidosos o escuchar música fuerte, se llama tinnitus, vamos a hacerle lavado de oídos, debe tener una alimentación balanceada, no tomar café y evitar la exposición al ruido. ¡Ja! Evitar la exposición al ruido, como si eso fuera posible. Pensé sin decir nada. El diagnóstico del médico dejaba tranquila a mamá y me evitaba explicaciones.

Miro a través de la ventana del autobús, mientras continúo en el eterno diálogo con mis voces, ellas también miran, a través de mí. Hablan del deterioro de la ciudad, la mutilación de los árboles, la invasión del cemento. Unas aplauden el progreso, otras dicen añorar los bosques que antaño llenaban el sur de la ciudad. Alguien se sienta a mi lado, me giro, tal vez el joven de los audífonos no tenga voces, por eso las busca en el pequeño aparato conectado a su teléfono. Seguro ni tendrá tinnitus ¿Será qué es eso? ¿Unos nacemos con voces y otros las tienen que buscar?

Oye, oye, ¿qué haces? Dice una. Salgamos, vamos a las calles, dejá ya los libros, dice la otra. Vamos por café ¡No! Por vino, cerveza. ¡Qué calor! Qué payasada, ¿te crees muy sufrida? Nadie se preocupa por vos, no te preocupés por nadie. No, no, no, nada de dormir, si te dormís comienzo a gritar. Yo quiero piña. Yo quiero bailar, vamos a la Topa. No, mejor a cine. No hemos visto Instagram hoy, es el colmo, al menos veamos Tik Tok. Dejá la histeria. No escuchés a tu madre, es insoportable. Menos mal se fue. De razón está sola ¡Ya! ¡Silencio! Déjenme tranquila, suéltenme, ¡Váyanse a otro lado!

Estoy en casa, me coloco también unos audífonos, he decidido escuchar música celta, desconocida, no la puedo cantar, no la podemos cantar, me río, me burlo de mis voces, me discuten ¿qué te estás creyendo?, ¡Quitá ese ruido! Yo sigo riendo, pero me callo, he decidido no hablarles, ignorarlas, aprovecho el fin de semana que me he quedado sola en casa, no tendré que pronunciar palabra. Sabes que te escuchamos, ¿verdad? No tienes que abrir la boca. No importa, no voy a abrir la boca en dos días. Es mi silencio de protesta.

Al principio me retaban, ahora me ignoran, hablan en susurro, todas al tiempo, me entretengo con la lectura mientras continúo pegada a los audífonos y no les presto atención, se ríen, parecen festejar algo, siguen susurrando. Es domingo por la noche,

Biblioteca epm[®]





preparo una cena deliciosa para recibir a mamá, se pondrá feliz con la sorpresa: su guisado favorito.

Suena el timbre, ha olvidado de nuevo las llaves. Abro la puerta y ella está allí, sonriéndome. Me dispongo a decirle que le tengo una sorpresa, pero no puedo, no siento la mandíbula ni la lengua, mis labios no responden. ¡Hola, mamá! Qué bueno que llegaste, te prepararé tu comida favorita, dice una voz que no es la mía, mientras las demás ríen estrepitosamente.

Biblioteca epm[®]

